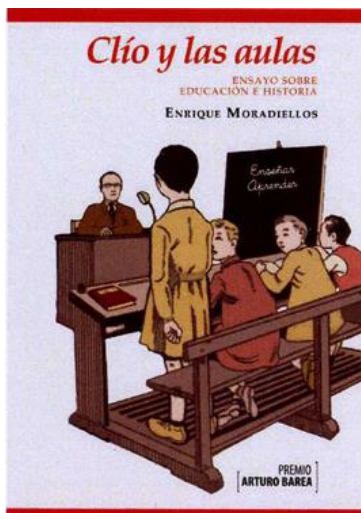


Mario Martín Gijón [*Clío y las aulas. Ensayo sobre Educación e Historia*]

Enrique Moradiellos. *Clío y las aulas. Ensayo sobre Educación e Historia*. Badajoz. Diputación de Badajoz. 2013. 315 págs. ISBN: 978-84-7796-232-8.

En un momento de polémica por los planteamientos de la reforma educativa encarnada en la LOMCE, se publicó el año pasado un ensayo que había obtenido el premio “Arturo Barea”, concedido por la Diputación de Badajoz como reconocimiento a la investigación humanística en nuestra región. El libro del historiador Enrique Moradiellos (Oviedo, 1961), uno de los mayores especialistas en la historia de España durante la Segunda República, la guerra civil y el franquismo, no presenta pretensiones doctrinales sobre la didáctica de las Ciencias Sociales, sino que, con un enfoque más general, aborda el doble objetivo de, por una parte, poner de relieve los rasgos que fundamentan la importancia de la Educación como institución cultural y, por otra, de reivindicar la Historia como disciplina de conocimiento imprescindible para los ciudadanos de cualquier sociedad.



Al primero de estos objetivos se dedican los dos primeros capítulos del ensayo. En “La educación como fenómeno histórico y antropológico” se comienza por analizar la etimología de términos como “educación”, “enseñar” o “aprender”, resaltando el significado de “guiar, conducir o dirigir” del primero de ellos, común a las lenguas románicas y otras como el inglés (aunque no a otras como el alemán, que con su concepto de *Bildung* pondría el acento sobre el desarrollo autónomo del aprendiz). En cualquier caso, Moradiellos insiste sobre la bidireccionalidad del proceso educativo,

la complementariedad de enseñanza y aprendizaje, que luego se analiza desde una perspectiva antropológica, mostrando el recorrido que, desde la evolución a un primate bípedo posibilitó el uso y fabricación de utensilios, el desarrollo del lenguaje articulado y la adquisición de saberes y conductas no inscritos en el código genético, que se irán transmitiendo de padres a hijos. La escuela como institución aparecerá cuando la mayor complejidad de las sociedades, a partir del neolítico, exija la intervención de especialistas para adiestrar en saberes específicos más allá de los conocimientos tradicionales y prácticos transmitidos por los padres y mayores. Esa complejidad se articuló mediante el invento de la escritura en la civilización sumeria, que coincidió con los inicios de un sistema escolar hacia el 4.000 a.C., con los papeles de maestro y discípulo, tareas escolares o deberes y útiles ya plenamente establecidos. Moradiellos hace un recorrido histórico por la evolución del sistema escolar en Grecia, Roma (donde aparecen ya las tres etapas educativas, con sus correspondientes enseñantes: el *magister*, el *grammaticus* y el *rhetor*), la retracción en la Edad Media de la educación a los monasterios, y la Edad Moderna, donde la invención de la imprenta posibilitó la expansión de la escritura, sobre todo en los países donde triunfó la Reforma protestante, cuya exigencia de lectura personal de la Biblia suponía un aliciente para la alfabetización frente a la situación en los países católicos. En España, las tasas de analfabetismo no disminuyeron de manera significativa hasta la expansión de la escuela primaria en los años veinte y treinta, en lo que, aunque el autor no lo mencione, fue decisiva la vocación de expansión cultural de la Segunda República, sobre todo en su primer bienio progresista. El repaso histórico se cierra con un panorama actual donde destaca una general alfabetización mundial con amplias bolsas de analfabetismo en África y Asia meridional.

Esta revisión enlaza, en el capítulo segundo, “La Didáctica pedagógica y los elementos del proceso educativo” con una revisión crítica de los excesos programáticos de las recientes Ciencias de la Educación y la Didáctica como disciplina que se ocupa de las formas de educar desconectadas de sus contenidos. Moradiellos considera muchos de sus postulados como “infundados racionalmente, sustantivados metafísicamente y dañinos pragmáticamente” y achaca su imposición a “la conformación de un gremio profesional con aspiración de control unívoco sobre su definida materia” (p. 90). Dichos postulados, muchas veces, se reducirían a una “retórica moral-emotiva” vacía de contenido real, como ya había diagnosticado Hannah Arendt en 1961, en contraposición con sus grandilocuentes metas, que no aspiran a menos que objetivos como la autorrealización del individuo. Como ejemplo de la inanidad de un discurso muy extendido en los departamentos de didáctica, Moradiellos se detiene en el análisis de la fórmula de “aprender a aprender”, que considera tautológico y horra de contenido, o denuncia la terminología formalista que obliga a cada docente a rellenar formularios sobre competencias, objetivos o procedimientos cuyo reflejo en la práctica del aula es nulo en la mayoría de las ocasiones. Asimismo, el profesor ovetense critica el ingenuo adanismo de no pocos hipotéticos especialistas en didáctica, que ignoran métodos como la mayéutica socrática o las sorprendentes estrategias empleadas en la escuela sumeria. No se trata, por supuesto, de una defensa de la escuela de otras décadas, sino de equilibrar y reivindicar que el aprendizaje por descubrimiento, aunque

necesario, no elimina la necesidad de la memorización, y que el juego no puede ser modo de aprendizaje único ni hacer superflua la disciplina. En el capítulo sobre los elementos básicos del proceso educativo (profesores y alumnos, metodología, evaluación) se reivindica igualmente, frente a la crítica de “la modernidad pedagógica más desnortada” (p. 136), el valor de la lección magistral o método expositivo, afirmando que ésta, lejos de implicar siempre una actitud pasiva en el alumno, implicaría “una intensa actividad de apropiación de conocimiento nuevo y significativo” (p. 138), punto en que el autor muestra un cierto optimismo respecto a las capacidades de concentración sostenida por parte de jóvenes habituados a la dispersión y fragmentación de la actividad neuronal en la navegación por internet y la comunicación de las redes sociales.

El tercero y más extenso capítulo del libro, “La Historia como disciplina intelectual: El largo trayecto del mito al logos”, justifica en la aceleración histórica y reconfiguración geopolítica posterior a la Guerra Fría la urgencia por un conocimiento objetivo de la historia, diferenciado de mitos halagüeños para pueblos y nacionalidades. Para diferenciar ambos se recorren los inicios de la Historia como género literario, en forma de crónica, y su lenta evolución hacia una disciplina con pretensión de ciencia, basada en la validación de datos, con la sustitución de una visión providencialista por la idea de progreso. El autor repasa la configuración de la Historia como ciencia humana, en la que serán decisivas la imposición de la exigencia de verdad y el objetivo de fijar hechos históricos inferidos a partir de restos, y su evolución contemporánea, con etapas tan fructíferas como la escuela alemana de historiadores iniciada por Ranke, la historia económica o la escuela francesa de los *Annales*, hasta la actual influencia de la antropología y los estudios culturales. En su epílogo, “¿Por qué no podemos prescindir de la Historia y debe estudiarse de modo básico y general?”, Moradiellos, que no hace tanto tiempo lidiara contra el resurgir, por parte de un revisionismo poco riguroso al margen de la historiografía académica, de los mitos neofranquistas sobre la guerra civil, resalta la necesidad de la razón histórica como “antídoto y severo correctivo contra la ignorancia que libera y alimenta la imaginación interesada y mistificadora sobre el pasado humano” (p. 272), poniendo ejemplos como los de la egiptología que ha explicado racionalmente los supuestos misterios de una civilización que dio pábulo a todo tipo de esoterismos, o el del historiador Benito Bermejo, que desenmascaró al fabulador Enric Marco, que había logrado reconocimiento público por una historia concentracionaria inventada. A pesar de que se advirtiera al inicio de su ausencia, habría sido muy saludable una ejemplificación, siquiera breve, de la aplicación práctica en las clases de Historia de los objetivos enunciados de adquirir un conocimiento básico y una perspectiva crítica de la Historia, sobre todo en la etapa de secundaria, frente al apasionamiento ideológico de adolescentes necesitados del contrapunto de datos históricos frente a sus certezas. Con esta salvedad, el ensayo de Moradiellos, que dialoga con una riquísima y variada bibliografía, resulta una estimulante intimación a todos los docentes, especialmente los de Historia.